

LOS AMIGOS DE JUAN PIQUERAS

por

Juan Manuel Llopis

INTRODUCCION

Una vez más, desgraciadamente, se cumplió ese refrán tan popular de que nadie es profeta en su tierra. Porque en raras ocasiones una ciudad podrá enorgullecerse tanto de haber sido la cuna de una personalidad tan importante como es el caso de Juan Piqueras y Martínez. Además, como tantas veces suele ocurrir, su fama nos ha llegado como de rebote, a través de la opinión de prestigiosos hombres del ambiente de la cultura francesa o del testimonio admirativo de los escasos supervivientes de la Generación del 27, conocida también como la segunda edad de oro de la literatura española.

Pero la historia, con ese tiempo sin años de la paciencia, se encarga de que las cosas vayan volviendo a su sitio como un homenaje a la justicia, a la reparación de un lamentable olvido.

Juan Piqueras había nacido el día 24 de noviembre de 1904 en Campo Arcis (Requena). Descendiente de una humilde familia de molineros su infancia fue extraordinariamente dura y transcurrió entre los molinos de Hórtola y Atrafal antes de su traslado a Requena. Cereales, viñedos, la rosa del azafrán, constituirán para él el marco agrícola laboral en que se desarrolla la primera etapa de su vida. Hablar con los pastores será para él un descanso y el alimento adecuado para su hambre de soñador perpetuo. En una antología de poetas valencianos —en la que figuran los mejores de todos los tiempos— aparecida el 27 de julio de 1929, en la colección «Los Poetas», de Madrid, hay una pequeña poesía de Piqueras en la que, en cierto modo, resume lo que ha sido su vida hasta entonces:

SINTESIS

Infancia

Infancia, sueños blancos; un hogar pueblerino.
Unos padres muy jóvenes y unos abuelos viejos;
una escuela pequeña, un maestro anodino
y una vida que tiene claridades de espejos.

Adolescencia

Sueños de amor que brotan pujantes como ardillas.
Las primeras nostalgias en un día de lluvia.
Unos versos ingenuos escritos a hurtadillas
y un fervor infinito hacia una joven rubia.

Juventud

Juventud, ilusiones que no han cristalizado.
Un ensueño supremo: vivir para soñar.
Decepciones amargas. Un amor no saciado
y un deseo muy grande de —sin poder— volar.

Juan Piqueras fue un soñador y un profeta que tuvo el trágico acierto de llegar a predecir,

como nos cuenta el célebre cineasta francés Georges Sadoul, admirador e íntimo amigo, su propia muerte: «Yo moriré en la flor de mi vida, con las botas puestas».

Pero no fue sólo un poeta sino también un portentoso hombre de acción. Y con ser importante lo que hizo fue todavía más importante *lo que hizo hacer*, su trabajo incesante de un lugar a otro de un trabajo inagotable de movilización y dinamización. Tuvo un gran poder de comunicación, de provocar y obtener una respuesta (feed-back, realimentación) de carácter creativo tal y como él mismo había emitido el mensaje, su alternativa de cambio en razón a la crítica propuesta. Su influencia fue determinante en muchos de sus contemporáneos más famosos. Y no porque ejerciera el brillante papel de líder de su época —que también lo era y sabía desempeñar— sino porque supo ser fermento oscuro mezclado entre la masa para construir el pan de cada día. Ejerció una influencia directa y cordial sobre un buen puñado de hombres del momento a los que trastocó sus vidas radicalmente hasta el punto de infundirles una nueva mentalidad por el contagio de su creatividad. No fabricó imitadores sino que estimuló a los demás para que siendo ellos mismos luchasen por alcanzar el techo de sus posibilidades reales, tal y como correspondía al quehacer de un inestimable revolucionario.



Nuestro querido Redactor-Jefe
JUAN PIQUERAS Y MARTINEZ
por Masía

De una inteligencia precoz, sin maestros, realizó auténticos sacrificios para instruirse, llevándole su autodidactismo a logros cada vez más altos. Su preocupación por aprender, su simpatía y generosidad, su apertura, lucidez, nobleza, fidelidad y capacidad de trabajo, colocará su firma junto a las mejores de Europa. Por ejemplo, Ramón Gómez de la Serna, Baroja, Unamuno, Ortega y Gasset, Valle Inclán, «Azorín», Salinas, Corpús Barga, Ayala, Arconada, Marañón, Gabriel Miró, Jorge Guillén, Hernández Batá, Ramón J. Sender, Gómez Mesa, García Lorca, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Giménez Caballero, Josep Renau, Gil-Albert, Sadoul, Moussinac, Gaos, Max Aub, Tzara, Montherlant, Cocteau, Bretón, etc. De muchos de ellos será gran amigo. También tuvo grandes amigos en el mundo de la pintura (Josep Renau, Salvador Dalí), de la música (Bacarisse, Rodolfo Halffter, Rubinstein), del baile (Vicente Escudero), de la astronomía (Karnéix), o del mundillo del cine (René Clair, Luis Buñuel, Florián Rey, Rosita Díaz), del mundo empresarial más dinámico (Ricardo Urgoiti). En este firmamento de auténtica «élite» empezará a brillar su estrella en el campo específico de la crítica cinematográfica, llegando a ser bautizado por George Sadoul con el sobrenombre de «Louis Delluc español».

Durante su juventud había vivido en Requena, Valencia, Madrid y París, realizando además numerosos viajes por toda Europa. Cada una de estas ciudades lo marcan de un modo distinto y definitivo pero muy especialmente París, la auténtica capital de la cultura europea, verdadera atalaya del mundo en aquel tiempo. Es allí donde con gran entusiasmo y sacrificio económico funda y dirige su propia revista por la necesidad que tiene de alcanzar una auténtica independiencia. Se trata de NUESTRO CINEMA, revista crítica independiente de la que salieron diecisiete números. Duró desde 1932 hasta 1935, y el mismo Walt Disney, en la cima de su gloria, le rindió público homenaje haciéndosela leer a su mismísimo ratoncito Mickey, la estrella máxima de los dibujos animados.

Colaboró en numerosas revistas y periódicos de todo el mundo: LA VOZ DE REQUENA, EL SOL, REQUENA, MUNDO OBRERO, ARTE Y LETRAS, VIDA CINEMATOGRAFICA, VIDA ARTISTICA, LA PANTALLA, LA SEMANA GRAFICA, POPULAR FILM, LA GACETA LITERARIA, ATLANTICO, SILUETAS, CRONICA, MIRADOR, CINEMA, NUESTRO CINEMA, OCTUBRE, CINEGRAMAS, NUEVA CULTURA, CLOSE UP, LA REVUE DU CINEMA, BOLETIN CONFIDENCIAL DE GAUMONT FRANCO FILM DULERT, etc.

Escribió varios libros que no llegó a publicar, «Miradas sobre el cinema», «Panorama del cinema hispánico», «Vida y obra de René Clair», «Al margen del cinema soviético» y «Cinema». Pero en diversos artículos y revistas sí que publicó una historia del cine valenciano (VIDA CINEMATOGRAFICA, LA PANTALLA y POPULAR FILM), una historia del cine español y una historia del cine universal (NUESTRO CINEMA).

Fundó y sembró toda la geografía española de cine-clubs en compañía de Luis Buñuel y Giménez Caballero. El 18 de mayo de 1930 realizó en Valencia la primera sesión de cine-club en la que se proyectaron los films «Noticiero del cine-club», «Amante contra madre», «El pueblo del pecado» y «Un perro andaluz».

Luchó incansablemente contra la mediocridad y cristianismo del cine español, contra el capitalismo propagandístico de la industria cinematográfica alemana (con toda su carga nazi) y la norteamericana (en la que el dinero y el éxito eran los factores dominantes). Frente a ellas opuso el cine ruso, que conocía de primera mano por haber estado en Rusia, haber conocido a Einsestein, y haberse ocupado durante toda su vida de esta cinematografía que le interesó particularmente por la defensa de los valores humanos y un sentido marxista de la liberación y participación del pueblo ruso tras el dominio multisecular de los zares.

Apoyó un cine auténtico, no pueblerino, no folklórico y falso, sino universal, de carácter proletario, histórico, documental. En este sentido evoluciona hasta el punto de que los doce primeros números de NUESTRO CINEMA, con el subtítulo de «Cuadernos internacionales de valorización cinematográfica», cambian en el n.º 13 por el de «Cuadernos internacionales de defensa del cine proletario». Para Piqueras el cine es un arma de clase en la lucha contra los opresores, y los proletarios deben utilizar las cámaras pequeñas, familiares, de carácter económico, para retratar documentalmente la realidad entorno, como un sistema eficaz y barato de denunciar todas las circunstancias del aplastamiento del pueblo y la lucha de éste por sobrevivir y llegar a ser dueño de su propio destino.

En una época en que los críticos de cine estaban vendidos a las grandes productoras y empresarios, Juan Piqueras constituyó el ejemplo número uno de lo que debía ser un crítico independiente, un profesional que tenía que vivir del cine y, sin embargo, mantenerse intacto, incorruptible, en la marea de millones que se movían en torno a él. El cine no era sólo un negocio o una distracción sino sobre todo un medio de expresión y un prodigioso sistema de educar al pueblo desde las mismas clases populares.

Pero la calidad de una persona se conoce no sólo por su manifestación personal sino también por la opinión que ha merecido a los que, de algún modo, han vivido junto a él y han conquistado un

cierto nivel de prestigio. Por eso hemos buscado, en esta breve semblanza, la opinión de los que le trataron. En este caso, el reflejo de la amistad nos ha llevado al amigo mismo.



Buñuel era vecino de Piqueras en París e íntimo amigo y admirador suyo.

Uno de los ejemplos más notables es el de Luis Buñuel, el mejor director cinematográfico español de todos los tiempos. La relación que tenía con Piqueras venía de lejos, de cuando ambos colaboraban estrechamente con Ernesto Giménez Caballero en la fundación del Cine Club Español, en Madrid, el primero de España.

Buñuel, en la Residencia de Estudiantes, ya había hecho unos ensayos a los que se habían sumado Alberti, García Lorca, Gómez de la Serna, etc. Después escribió en LA GACETA LITERARIA. Hasta que se marchó a París y le sucedió en esta tarea crítica, Juan Piqueras, que ya tenía una cierta experiencia, incluso a nivel de dirección literaria, pues había fundado en Valencia VIDA CINEMATOGRAFICA (en 1925) y VIDA ARTISTICA (en 1926).

Buñuel y Piqueras frecuentaron mucho sus relaciones en París, donde eran vecinos, pues vivían, respectivamente, en rue Pascal y rue Broca. Se fraguó una amistad en la que participaron las mujeres de ambos, Jeannette y Ketty.

Con Luis Buñuel pude hablar, en su casa de México, en agosto de 1981. No se parecía en nada a ese niño terrible y gruñón, terror de los que trabajan junto a él. Una sonrisa de niño inocente, de niño grande, lo acompañó durante toda la entrevista:

—Recibi una carta suya hace un par de años. Discúlpeme que no le contestara pero cada día me encuentro peor de la vista y no escribo ya a nadie.

—Hemos querido venir a hablar con usted sobre Juan Piqueras ya que sabemos la gran amistad que les unía, cómo trabajaron juntos en los cine clubs de Giménez Caballero y la Generación del 27, cómo le sucedió en la crítica cinematográfica de LA GACETA LITERARIA y su última relación como vecinos en París.

—A Juan Piqueras lo mataron en Venta de Baños. Estaba enfermo, había tenido un vómito

de sangre viniendo de París. Creo que lo ataron a una silla y lo fusilaron en la misma estación de ferrocarril nada más empezar la guerra civil. Yo estaba entonces en Madrid.

—Con Antonio del Amo ¿no?.

Si, efectivamente. Nos enteramos a los cuatro días de ocurrir el hecho. ¿Es así como se lo he contado yo?. Seguramente usted tendrá otra versión más exacta. Es muy importante esa encuesta o trabajo que está haciendo, muy interesante, tiene mucho mérito... Eso de que alguien se ocupe de él... Juan era el hombre más importante, más universal del cine español. Sadoul y Moussinac lo querían mucho. Yo iba muchas veces a su casa en la rue Broca, en París. Eramos vecinos pues yo vivía entonces muy cerca, en la rue Pascal. Juan ha tenido una gran importancia, fue el primero y el único crítico español independiente e internacional. Después de su muerte yo volví algunas veces por su casa para interesarme por la suerte de Ketty, su viuda.

—Hemos estado dos semanas viviendo en su casa de Caracas y volvemos ahora allí para continuar el trabajo. Por cierto que nos está haciendo una copia de una película familiar, inédita, en la que aparecen Piqueras y el bailarín Vicente Escudero. ¿Quiere algo para ella?.

—Dele a Ketty un abrazo muy grande.

La amabilidad de Buñuel había sido extraordinaria. Compartimos con él su célebre rito del vermouth a media tarde, nos dejó hacer todas las fotografías que quisimos e incluso insistió para que estuviésemos más rato con él. Hasta unos días antes de su muerte aun tuve noticias y recados de él por medio de Antonio Deltoro que me comunicó, en julio del 83, que Buñuel le había dado el encargo de que me dijese que tiempo atrás había escrito un epílogo para su obra «Mi último suspiro» en el que hablaba de sus doce mejores amigos, entre los que se encontraba Piqueras, pero que al releerlo le había parecido demasiado sentimental y lo había destruido todo. Deltoro, recién llegado a México, me contaba todo esto mientras su amigo Buñuel, a las puertas de la muerte, llamaba a sus hijos, en Francia y EE.UU., para tenerlos junto a sí en su definitivo último suspiro.

Antonio del Amo, fue uno de los discípulos de Piqueras. Director de cine, realizó films sobre la guerra civil española en plena contienda. Pertenecía al partido comunista. Después, durante el franquismo, realizó un cine malo. Fue el descubridor del cantante Joselito, con el que ganó bastante dinero. En una filmación realizada en Requena conoció personalmente a Luis, uno de los hermanos de Juan Piqueras. Y le confesó: «Si su hermano viera lo que estoy haciendo, me fusilaba en el acto».

En enero de 1980 recibí una carta suya:

«Efectivamente, yo he tenido unas relaciones y una amistad con Juan Piqueras durante años, hasta el punto de que yo fui Director de NUESTRO CINEMA (Director nacional) en su última etapa, y él llevaba desde París toda la cosa internacional. Esto quiere decir que nuestras relaciones eran muy entrañables, por la gran cantidad de cartas que nos escribíamos (interminables cartas); crearon una amistad muy entrañable y sólida, porque además, teníamos las mismas ideas políticas. Pero esas cartas, junto con muchos libros y documentos, fueron destruidos por mi mujer y una amiga cuando las tropas de Franco se acercaban a Madrid en los primeros días de noviembre del 36. Así, el archivo de Juan Piqueras era enorme, y muy rico en datos de todo tipo. Me refiero al archivo que yo tenía sobre sus cosas y sobre todo lo que me mandaba relacionado con la revista, originales, ideas, fotos, etc. Yo sólo le podría contar cosas relacionadas con este archivo, puesto que yo sólo le veía a él los veranos cuando venía a España y eran tantos los amigos que le rodeábamos cuando él venía, en un café o en la habitación de su hotel, que él apenas podía mirarnos a unos y a otros y contestarnos a nuestras preguntas. Finalmente, en el último de esos viajes que hacía a Madrid, se quedó en Venta de Baños, y allí murió. No se sabe nada de su muerte. No lo sabe ni Ketty, con la que yo hablé en Valencia en 1937, en los días en que caía Bilbao y en que fue bombardeado Guernica, y recuerdo que estuvimos todo el tiempo en la playa comentando esto, que a ella la tenía muy impresionada, porque creo que es vasca. Pero nada me dijo de su archivo, ni lo que había

hecho de él, ni creo que yo le pregunté, posiblemente por delicadeza, por no traer a colación preguntas interesadas, ya que el archivo de Piqueras era una de las cosas más golosas que existía en el cine, por haber pasado por sus manos todas o casi todas las películas del cinema europeo, y, sobre todo, del soviético. Usted sabrá que él era el comprador de Filmófono, y veía cientos de películas para elegir. Creo que debe preguntar usted a Ketty, si es que tiene correspondencia con ella. Le da usted muchos recuerdos de mi parte, y si es posible, le ruego me mande sus señas, para escribirla. Debe ser ya una mujer muy mayor. Cuando yo la vi en Valencia, tendría unos treinta y tantos años, más cuarenta y cinco que han transcurrido desde entonces, debe tener unos ochenta años. Supongo que vivirá su hijo Juan. A su hermano, efectivamente, le vi en Requena hace años.

En fin, ya ve qué poco puedo decirle de Juan. Más que yo, puede decirle el crítico de cine Luis Gómez Mesa. Eran viejos amigos y se conocieron mucho antes de irse Piqueras a París. Puede hablarle de aquella etapa de su vida, que posiblemente no conozca ni Ketty. Otro amigo suyo era José Fuentes Caldera, que debía tener un buen archivo sobre sus cosas, pero lo fusilaron en el 36, y en mis viajes a Sevilla no pude contactar con su viuda. También le conocía mucho Rafael Gil, pero su amistad (aunque Rafael Gil también colaboraba en NUESTRO CINEMA) era distante por las ideas, ya que Juan era comunista, un comunista muy sólido y muy convencido, y, sobre todo, enormemente idealista y apasionado. La personalidad humana de Juan era gigantesca. Un hombre extraordinariamente bueno y confiado, abierto para todos. Era el clásico valenciano emprendedor y dinámico. De no haber estado enfermo y haber muerto, hubiera llegado muy lejos, porque valía mucho, y cuando se hubiesen aquietado sus ideas al entrar en una segunda fase de su vida, más tranquila, hubiese sido un gran creador, porque a él le gustaba crear. También era muy amigo de Luis Buñuel. Se veían mucho en París, y posiblemente el hecho de que Buñuel trabajara para Filmófono fuera debido a la mano de Juan Piqueras, que al ser muy amigo de Urgoiti, presionaria para que Buñuel se quedara al frente de las producciones de Filmófono. O posiblemente se hubiera establecido entre Buñuel y Piqueras una ayuda mutua, pues siendo Buñuel en aquel tiempo una personalidad muy conocida del cinema, quién sabe quién de los dos conoció antes a Urgoiti. Piqueras también mandó a España a Jean Gremillón, un director de vanguardia a trabajar en Urgeiti, dirigiendo la película LA DOLOROSA, cuyo tema era bien distinto a lo que constituía las aspiraciones de Gremillón, y de sus ideas».

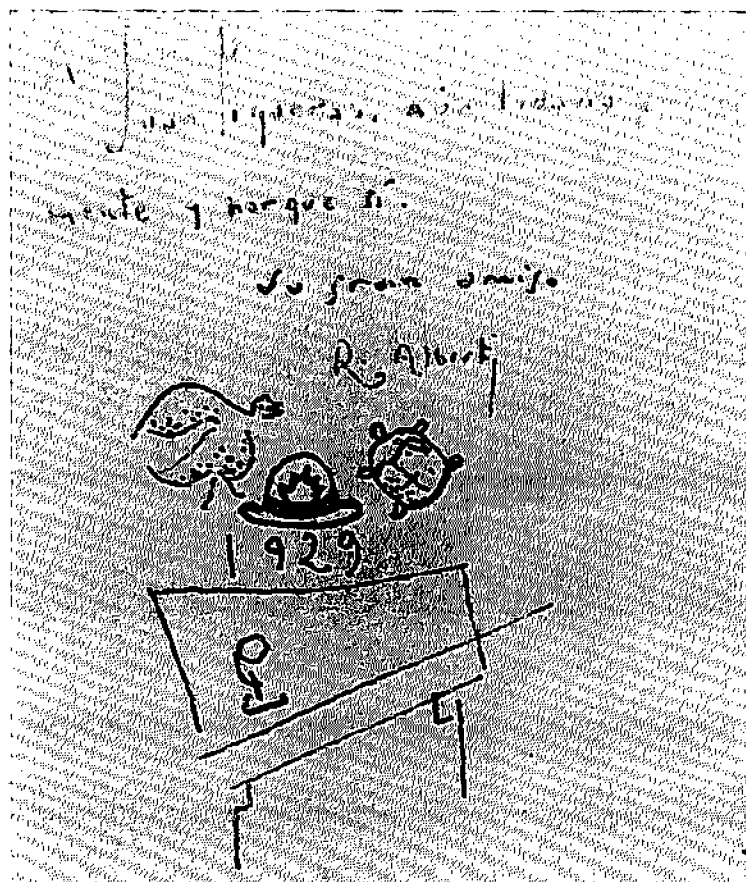
El 15 de febrero de 1980, Antonio del Amo volvía a escribirme:

«Muy interesante tu investigación, pues algunas de las cosas que dices, yo ya las sé, pero otras son nuevas para mí. Según las noticias que yo tengo (y no se han superado), según algunos amigos comunes de Piqueras que formábamos en Madrid un grupo, quedó enfermo en Venta de Baños al tener una hemotisis en el tren, o una fuerte hemorragia de estómago, la cual le obligó a quedarse en la primera estación. Lo primero que hizo fue tratar de comunicar conmigo, que como yo entonces no tenía teléfono, mal podía hacerlo. Y entonces comunicó con Buñuel, por un lado, y con Juan Antonio Cabezas (el hoy gran escritor), por otro, y creo que no habló con nadie más. Cabezas, que vivía en Oviedo, trató de venir hacia Venta de Baños, y no llegó nunca a su destino por lo revuelta que estaba la situación, pues se había declarado el *Glorioso* Alzamiento. Por tanto, quedó rota, asimismo, para Juan Antonio, la conexión con Madrid. Por mi parte, yo no me enteré de lo que pasaba hasta que me buscó Luis Buñuel, y acudí enseguida a su casa, que entonces vivía en Menéndez Pelayo esquina a Doctor Castelo. El estaba demudado (Buñuel) no sólo por lo que le pasaba a Piqueras, sino por la guerra que acababa de empezar y por los «Pacos» que se oían en la calle, lo cual era jugarse el tipo el salir a la calle. Recuerdo que era tal su nerviosismo, que no hacía más que abrir la nevera y beber cosas; cosas para combatir el calor y para animarse y moderar sus nervios. La cuestión que recuerdo que le dije: «Habría que ir a Venta de Baños de alguna manera. Podemos ir en tu coche». Y él me dijo: «Mi coche me lo han requisado» (era frecuente en aquellos días el requisar los coches a todo el que los tuviera, bien por los partidos políticos, sindicatos y las propias milicias que surgían a cada momento como los hongos). «Podíamos irnos en el tren, o en otro coche, de alguna manera» —le atajé yo—. Y él me dijo con muy buen sentido: «¿Y por dónde, si están cortadas las carreteras de Somosierra y el Alto de los Leones y Navacerrada?». Total, que no fue posible en aquellos momentos el ir a donde estaba Piqueras, y que con la fiebre de los acontecimientos que

vivíamos, al menos yo (que estaba ya movilizado, pues tenía entonces veinte años y estaba lleno de ardor) no volví a hacer nada, sin por eso dejar de acordarme constantemente del pobre Piqueras, enfermo de muerte en zona de facciosos. Después, los acontecimientos nos arrollaron y había tantas cosas en qué ocuparse, que no teníamos tiempo para nada. No vi a ninguno de los demás amigos. Sólo a Buñuel, que le vi varias veces en el local de la Alianza de Intelectuales, hasta que un buen día supe que se había marchado a Francia, y no supe nada de Piqueras ni me ocupé de su asunto (porque era inútil) hasta que me encontré con Ketty en Valencia en 1937».

En marzo de 1980 tuve ocasión de conocer personalmente a Antonio del Amo Algara en su residencia de Barcelona. Allí me confirmó todo lo que había escrito por carta. Y añadió, entre otras muchas cosas.

«Lo tengo todo muy difuso lo de Piqueras yo, muy difuso. ¡Galopaban los acontecimientos en aquellos momentos!. Lo importante de él es su revista NUESTRO CINEMA y su personalidad humana. La revista era de las mejores de Europa, muy bien orientada e informada, toda ella en la línea ideológica comunista, que tenía entonces una gran fuerza en toda Europa. El era un hombre fuera de serie en todos los sentidos, era extraordinario, un hombre que valía mucho, todo simpatía y todo humanidad. Qué pena. De una lealtad y un entusiasmo increíble. Piqueras era un hombre muy alegre, muy efusivo, muy entrañable. Más que escritor era organizador y orientador. Yo llevaba toda la cosa de imprenta, buscaba artículos, etc. Entonces era muy joven y muy activo. Yo entré en NUESTRO CINEMA en su última etapa, hacia el n.º 12. Entonces fue cuando se trasladó la imprenta de Barcelona a Madrid».



«A Juan Piqueras, aún todavía precisamente y porque sí. Su gran amigo R. Alberti», es la dedicatoria de su obra «La amante» (en posesión del escritor valenciano Luis Guarner). La dedicó el 10-11-29 con motivo de la charla dada en el Lyceum Club Femenino de Madrid, titulada «Palomita y Galápagos», dibujados en la parte inferior de la dedicatoria.

Uno de los poetas vivos más importantes, a escala mundial, es Alberti, gran amigo de García Lorca, Buñuel, Aleixandre, un magnífico representante de esa segunda Edad de Oro de la literatura española que fue la Generación del 27.

A Rafael Alberti lo conocí en julio de 1979, cuando actuó en Viveros acompañado de Nuria Espert. Me recibió con gran amabilidad.

«¿Juan Piqueras?, sí, lo conocí, era uno de los mejores críticos cinematográficos del momento. Yo diría que estaba entre los tres o cuatro primeros. Creo que murió por Irún, pero no recuerdo, hace tantos años... Además, yo estaba fuera y las noticias eran contradictorias. Me parece que lo mataron. ¿Y su viuda, vive todavía?, ¿cómo está?».

En marzo de 1981 volví a hablar con él. En esta ocasión venía a hacer el pregón de la Fallera Mayor de Valencia.

—*Y dentro de la Generación del 27, ¿cómo situarías al valenciano Juan Piqueras.*

—Bueno, la Generación del 27, cuando se habla de ella, nada más se habla de poetas ¿verdad?, cosa que es un poco así, bueno, quizá sea cómodo para los periodistas o para caminar hablar de que sólo hay ocho, diez o nueve poetas ¿verdad?. La Generación del 27 es como la del 98 muy completa, hay pintores buenísimos, de la Escuela de París, el cine es importante porque realmente se puede decir que comenzaba aquí en España donde empezaba a prestársele una atención un poco tardía. Piqueras juega un papel fundamental en ésta. Lástima que Piqueras creo que desapareció por ahí por Burgos, cuando venía hacia Madrid. Piqueras fue un gran amigo mío. A mí me encargó escribir una vida inventada de Buster Keato, en esa época yo estaba haciendo mi libro de los tontos. «Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos» basado en los tontos del cine mudo que en la época es la edad de oro del cine ¿verdad?, y le encargó a Arconada la «Vida de Greta Garbo». A mí me encargó la vida inventada por mí de Buster Keaton, sabía mi gran admiración por Buster Keaton, y no la hice porque ya se precipitó la guerra y yo me fui fuera, a Alemania, y yo vi la llegada de Hitler, ya vino la pendiente hacia el abismo, a Piqueras lo mataron, mataron a tanta gente, mataron a Federico, en fin, ya por ahí no se puede seguir hablando...».

Josep Renau ha sido uno de los pintores más creativos de los últimos tiempos. Pintor de caballete, portadista, ilustrador, cartelista, muralista, escritor, practicó como pocos el fotomontaje. Desde su cargo de Director General de Bellas Artes de la República intervino eficazmente en la aventura de la salvación de los cuadros del Museo del Prado durante la Guerra Civil, y en el encargo hecho a Picasso que culminaría con la creación del célebre «Guernica», cuyo proceso de elaboración se publicó por primera vez en NUEVA CULTURA, la revista que dirigía Renau en Valencia.

Fuí a casa de Josep Renau, acompañado de un amigo común, Antonio Armengod, cuando volvía a Valencia, provisionalmente, en 1979, desde su residencia en Alemania Oriental:

—Tú vienes a ver qué me sacas sobre Juan Piqueras...

—*Sí, efectivamente.*

Aaah... ¡qué lástima! porque yo no le conocí mucho. Me quería mucho a mí y yo a él también. Pero era un hombre de esos rápidos... ruuum... y no había manera de... Vivía en París y venía rápidamente y se volvía a ir. Era un hombre de un dinamismo tan increíble... Y eso fue la causa de su muerte. Vino aquí despistado. Sin entararse de nada, bajó en San Sebastián o no sé donde.

—*En Venta de Baños...*

—Eso es, y prruuum... allí mismo lo fusilaron. Así, así les pasa a las moscas, van por ahí libres. Coges un matamoscas... y se acabó. Ese Piqueras era un tipo de una apertura y de un dinamismo increíble. Era un valenciano de esos que «entren poquets en dotzena, con diuen». Y vivía en París y venía aquí cargado de películas e iba para allá. Se iba y volvía. Era inaprensible. Juan Piqueras fue el animador del cine club que hubo aquí y Juan Piqueras estaba en todo. Es un tipo de esos que estaba en todo, como la polilla. En todo estaba el tío. Pero no estaba en ningún lado. Era como Dios ¿no?. Lo conocías y ya se había ido. Era de un dinamismo increíble. Y era superheterodino, de esos que hay pocos ¿no?. Estaba en París y venía, iba y volvía. Acabó así. Lo importante es la influencia que tuvo en nosotros. Mucha, mucha influencia.

—¿Cómo le coniciste?

—No te puedo decir ni cuándo ni cómo. Porque él venía por aquí...¿él de dónde era? ¿era de Utiel?

—No, de Campo Arcís, una aldea de Requena.

—Pero era montañés ¿verdad?, serrano... Entendía el valenciano pero no lo hablaba. Venía aquí a estilo mosca, volando de un lado a otro. Y no había manera de agarrarlo, de fijarlo. Y esa es la impresión que te puedo dar yo, de momento. La cosa de Piqueras influyó mucho en mí. Los films que trajo de Pudovkin, de Eisenstein y sus fotomontajes. Eso influyó mucho en mí. Su acción fue una aportación para mí de una riqueza tremenda. El montaje cinematográfico... El me dejó grabada la teoría de Pudovkin de la que no tenía ni idea, de que una misma imagen, sin sentido, según lo que tenga al lado cambia de sentido y adquiere otro sentido. Es el truco del fotomontaje cinematográfico. Este se basa en el tiempo. Y el fotomontaje gráfico o plástico es especial, instantáneo, es otra cosa. Pero en definitiva es lo mismo. Esa teoría es mía pero yo la saqué de Pudovkin, es un desarrollo de la teoría de Pudovkin. La pólvora: los componentes de la pólvora son inócuos, algodón, azúcar, no sé cuanto ¿eh?, juntos explotan. Separados, no. Unas pantorritas, un tornillo, un presidente y ¡boom!... Eso lo aprendí gracias a Piqueras, que fue muy dinámico en eso. Lástima que tan joven el tío doblara ¿no?. Lo doblaron, que él no se doblaba. Es un trabajo bueno el que estás haciendo. Y muy complejo ¿eh? Piqueras era un hombre coherente, un hombre consecuente. Ves a ver a Ricardo Muñoz Suay, un hombre extraordinario, de una gran honradez, el cerebro gris de la lucha contra la dictadura. Es el que más sabe hoy sobre Piqueras...



Piqueras, el tercero por la derecha, entre el actor de cine Joaquín Carrasco y el director Florián Rey, durante la filmación de «Tiene su corazoncito», film sonoro en español.

Ricardo Muñoz Suay me recibió en su ático de Barcelona, en enero de 1980:

«—Si hay algún hombre decisivo en mi vida ese ha sido Juan Piqueras. Gracias a una conferencia que dio en el Ateneo Científico, en Valencia, que estaba en la calle del Mar. Creo que fue el primer o segundo trimestre del año 33. Juan intervino allí y fue la primera vez que le conocí y aquello motivó que aquel mismo día por la noche —esta conferencia era por la mañana— o al día siguiente yo ingresé, pedí ingresar en el Partido Comunista. Además, la incipiente afición al cine pues, fue el motor que me impulsó a meterme más de lleno en la organización de los cine clubs, que fue todo mi contacto, antes de la guerra civil, con el cine. Es decir, mi contrato con Juan Piqueras es muy escaso, hablé con él muy pocas veces, pero en cambio ha sido decisivo para mi vida. Es decir: todo lo que me ha pasado en mi vida, la «culpa», así entre comillas, la tiene él. De tal manera que mi afecto y mi recuerdo hacia Piqueras que, como tengo mucho contacto con las cinematecas de Toulouse y de Perpignan, he regalado a mis amigos de Perpignan, casi todos los fondos que tenía de fotografías, carteles, artículos, recortes, revistas y libros de cine. Entonces les he propuesto que ese fondo, en vez de llevar mi nombre, lleve el de Juan Piqueras. No sé si lo acordarán o no, pero quiero decirte, en este sentido, que el afecto mío queda muy vivo con respecto a Piqueras. Si yo he ingresado en el Partido, hice la guerra y después me metieron en la cárcel, estuve condenado a muerte y tal, es por «culpa» de Piqueras. ¿Sabes lo que te quiero decir?. Hasta qué punto Piqueras influyó en mi ¿verdad?».

Yo creo que Piqueras no pertenecía al cuadro comunista. Lo que te quiero decir es que mis relaciones con Piqueras han sido mínimas. Es decir, yo de Piqueras conservo un recuerdo extraordinario y te diré, una vez más, que ha sido, en cierta manera, fundamental, el conocimiento mío de Piqueras, para mi vida. Yo era un hijo de la burguesía valenciana. Mi padre fue un hombre muy conocido en Valencia, era médico, como Presidente del Partido Republicano Radical Socialista, etc. Tenía mucha significación republicana... Y mi ideología, en el año 33, era una ideología vagamente revolucionaria, y yo iba por el local del partido —tenía entonces 16 años— y entonces aunque no estaba afiliado al Partido Republicano yo era de tendencias izquierdosas, librepensadoras dentro de un ámbito que se movía en concepciones pequeño burguesas republicanas.

Recuerdo que en aquella conferencia él vino con su mujer, que hablaba con acento francés, aunque me parece que no era francesa... Hablé con Piqueras, que me dijo si yo quería colaborar en NUESTRO CINEMA...

Pero el hombre que sabe más de Piqueras es Pepe Renau, con el que supongo ya habrás hablado. En todo caso te diría que aquella conferencia estuvo presidida por Pepe Renau o por Angel Gaos, que ahora vive en México. Recuerdo a Piqueras como un hombre delgado, nervioso, que tenía para mí una serie de virtudes fundamentales: claridad ideológica, claridad en la exposición... El tema de que habló —creo recordar— era sobre el papel de los intelectuales en la revolución. No era un tema dedicado al cine sino que había alusiones al cine revolucionario, pero sobre todo era una exposición sobre la crisis del capitalismo y el papel de los intelectuales. Traía una gran información del panorama internacional, visto desde París, que ninguno de los que estábamos en Valencia teníamos. Era un hombre muy en contacto con los núcleos más importantes culturales y políticos. Fue un contacto deslumbrador. Después, cada vez que venía a Valencia, nos reuníamos con él en un café llamado el «Lion d'or». Mis conocimientos sobre Piqueras se pueden resumir en lo que yo llamaría «primer encuentro con el maestro» y después, durante los veranos, cuando venía a ver a su familia de Requena, que nos reuníamos, en el café de que te he hablado antes, con Angel Gaos, Plaza, etc. Ha sido el primer crítico y el primer teórico del cine español desde el punto de vista si no marxista, en el sentido científico de la palabra, si revolucionario. Yo creo que es el primero en publicar una historia del cine español, que inserta en NUESTRO CINEMA, cuando nadie había hecho este trabajo. Es el primero que intenta una creación, de una manera sistemática, de los cine clubs en España. Para él, el cine club no debía ser un elemento reaccionario, burgués, de élite, de minorías. El preconiza un cine club abierto e incluso proletario. Su obsesión era encaminar el cine al uso del trabajador, del proletario. Estaba muy ligado a uno de los teóricos más importantes del Partido Comunista en Francia, León Moussinac. Piqueras, con todos los errores de sectarismo en los que él

cayó y en los que todos estábamos implicados, es el primero que resalta el papel del cine como arma en la lucha de clases. En Madrid no hay nadie con la importancia de Piqueras en cuanto a preparación ideológica, cinematográfica y política. Los posibles errores se pueden justificar porque en aquella época la lucha estaba muy radicalizada en cuanto al planteamiento fascismo-antifascismo, el Partido era minoritario, minúsculo, integrado, en lo que a Valencia se refiere, mayoritariamente por intelectuales. El hecho de que Juan Piqueras viviese en París y tuviese acceso, a niveles muy altos, a la información de París, contactos con los soviéticos, etc., sus visitas anuales a Valencia, todo ello motivó en parte que el grupo de intelectuales de Valencia nos preocupásemos sobre todo del cine.

Respecto a su muerte yo conozco tres versiones, la de Sadoul, que dice que lo asesinaron en Venta de Baños; la de Vizcaino Casas, que afirma, desmintiendo a Sadoul, que murió de peritonitis. Y la de Carlos Fernández Cuenca que, pese a ser falangista, da una versión bastante aceptable de su muerte aunque, en cierto modo, la justifica. Es todo lo que por ahora te puedo decir de Piqueras».

Conocí a Carlos Fernández Cuenca en San Sebastián, en los Festivales Universitarios de Cine y Teatro. Allí conocí también a otro gran amigo de Piqueras, Luis Gómez Mosa. Pero esto ocurría en julio de 1954. Cuando el que ignoraba todo sobre Piqueras era yo. Fernández Cuenca recoge los detalles de la muerte del crítico valenciano en su obra «La guerra de España y el cine». Precisamente, por venir de quien vienen, hay que valorar mucho las alabanzas que publica y en el tiempo en que las publica, en el año 1972, en época franquista.

«Conocí bastante bien a Juan Piqueras y, aunque discrepara de su ideología, estimé muy de veras su sinceridad, su generosidad, su nobleza.

Las dos esperanzas mayores para el Partido Comunista en materia de cine eran Juan Piqueras y Luis Buñuel; los dos podían haber hecho cosas muy útiles, porque ambos poseían ese raro sentido de organización que faltaría casi por completo en la aventura de treinta y dos meses, pero fueron bazas valiosas que las circunstancias frustraron: Piqueras murió trágicamente y Buñuel no tardaría en sentir la desilusión del ambiente en que actuaba.

Este mozo valenciano magro y vehemente, hijo de un panadero de Requena, romántico impulsor de cine clubs y el primer historiador serio del cine español, pasó del esteticismo al marxismo. Vivía con su mujer en París, en un pisito de la rue Broca, y su fuente de ingresos principal era el sueldo que le pasaba la distribuidora española Filmófono por el constante suministro de información del cine francés, del alemán, el inglés y el ruso, sirviendo de enteradísimo corresponsal y mediando en la compra de los filmes más interesantes. En junio de 1932 fundó la revista mensual NUESTRO CINEMA, que por encima de su filiación extremista representó un intento notable de cultura cinematográfica en la que bebíamos con avidez los jóvenes de entonces. De NUESTRO CINEMA salieron 17 números, con cierta irregularidad, hasta que se acabó en agosto de 1935.

Fue Juan Piqueras una de las primeras víctimas de la guerra civil. El 14 de julio de 1936, un día después del asesinato de Calvo Sotelo que tan honda conmoción produjo en todos los sectores nacionales no adictos a las tendencias y los procedimientos del Frente Popular, viajaba Piqueras de París a Madrid, bien provisto de informaciones sobre películas que podían interesar a Filmófono para la próxima temporada, pero también con importantes documentos de acción comunista que habrían de perderle. Avanzaba ya el tren por tierras españolas cuando se sintió enfermo, muy enfermo; su antigua afección estomacal entró en periodo alarmante. Tan intensos eran los dolores que no tuvo fuerzas para continuar el viaje, temeroso de haber sufrido una perforación de estómago o algo de índole similar. Y decidió quedarse en la primera estación de parada, que era Venta de Baños. Como por momentos se sentía peor, fue acogido por los dueños de la fonda de la estación, que se apresuraron a llamar al mejor médico de la localidad, fallecido algunos años después. El doctor estimó que el ataque, aunque extremadamente doloroso, no era grave y que la quietud, la dieta y la enérgica medicación permitirían al enfermo reanudar sin mucha tardanza el camino.

Al cabo de dos días de este régimen empezó Piqueras a sentirse recuperado. Y el 17, aún guardando cama, cometió la imprudencia de establecer comunicación telefónica con la Casa del Pueblo y de empezar a recibir como consecuencia de ellos, numerosas y prolongadas visitas de los elementos de extrema izquierda más notorios de Venta de Baños. Era justamente el día en que la sublevación del Ejército español de guarnición en el Norte de África daba el agudo clarín para el Alzamiento nacional. Y el 18 cuando la provincia de Palencia, a la que pertenece Venta de Baños, se sumaba al movimiento, intensificó Piqueras sus contactos con destacados miembros locales del Frente Popular. Ese mismo día lo dio de alta el médico, que se despidió de él augurándole un viaje tranquilo hasta Madrid.

Pero a la mañana siguiente, 19 de julio, cuando ya la sublevación había triunfado en casi toda Castilla, la actividad política desplegada por el enfermo en las jornadas anteriores no podía ser por menos que dar sus frutos adversos. En el registro practicado por la Policía en la habitación que ocupaba en la fonda de la estación aparecieron muchos y muy graves papeles de la Internacional Comunista repletos de consignas; papeles que no tuvo la prudencia de destruir para evitar males mayores. y el 20 de julio, tras de un juicio sumarísimo pues las pruebas en contra suya eran abrumadoras y caían dentro de los artículos del fuero militar que correspondía al estado de guerra, Juan Piqueras fue fusilado en el término municipal de Dueñas, muy próximo a Venta de Baños.

Tal es la verdad absoluta de los lamentables hechos, según testimonios de personas que los siguieron de cerca y que viven todavía. Queda pues, invalidada la melodramática afirmación de Georges Sadoul en el tema primero de su *Histoire Générale du Cinéma* (pág. 3), para quien Piqueras fue «fusilado en agosto de 1936, en su lecho de hospital, por las tropas franquistas». No fue en agosto, sino el 20 de julio y no pudo ser fusilado en su lecho de enfermo, porque ya había sido dado de alta; menos pudo serlo en un hospital, porque en ninguno estuvo. De no anteponer la acción política a cualquier otro interés, de no haber llamado peligrosamente la atención «ayudando y orientando a todos los dirigentes de la Casa del Pueblo para oponerse al movimiento nacional», según consta en su ficha de la Policía gubernativa de Venta de Baños, Juan Piqueras habría salvado la vida y hubiera podido, ya que no llegar de momento a Madrid, pues las comunicaciones quedaron cortadas, regresar a Francia sin que nadie le molestase.

Desapareció tan dramáticamente Piqueras, de cuyas dotes de organización y sensibilidad cinematográfica podía esperar muchísimo el cine de la República y, sobre todo, el del Partido Comunista, quedaba Luis Buñuel como otra buena esperanza».

A Ernesto Giménez Caballero, uno de los teóricos más importantes del fascismo español y fundador de LA GACETA LITERARIA, revista que aglutinó a toda la Generación del 27, lo visité, en octubre de 1979, en su casa de Madrid, en el lujoso barrio de El Viso:

«—Piqueras era un hombre de mirada dulce, muy gentil, simpático, amable, sonriente. Sin embargo este muchacho, con todo su aire tan amable, tan gentil, era un fanático. Lo cual no se lo digo en contra porque yo soy aún todavía más un entusiasta de los fanáticos, porque sólo los fanáticos logran la libertad. Es el único camino para la libertad, el de la minoría fanática. Ahí tiene usted el caso de un Jomeini, ahí en París, un viejo sentado en un rincón, con su fe fanática se instala en el Irán. Echa al Sha de Persia, a los norteamericanos, a lo mejor a los rusos, con fe, con fanatismo.

Tengo una película «Noticiario del Cineclub», en la que aparece él por los tejados de mi casa recitando poesías. Además aparece en dos fotografías de mi libro «Giménez Caballero y LA GACETA LITERARIA (o la Generación del 27)». Piqueras realizó una labor muy importante en el Cineclub, sobre todo proporcionándonos desde París películas muy importantes.

No sé nada sobre la muerte de Juan Piqueras. ¿Le mataron o murió de muerte natural?».



El rostro de Piqueras tapa ligeramente el de Alberti, que está el tercero por la izquierda.

Rafael Pérez Contel, catedrático jubilado de dibujo, conoció a Piqueras dos años antes de su muerte ya que convivió con él un año en París. En 1979 me contaba:

«—Estando un día en la Alianza de Intelectuales dijeron: Ha llegado una información a través del Socorro Rojo, por medio de un valenciano, Alonso, que llevaba el asunto de finanzas en el Socorro Rojo, y de la revista NUEVA CULTURA, a través de la gente que se pasaba de la Zona Nacional. Lo mataron con Cabezas (de las Juventudes Socialistas Asturianas) que le acompañaba desde Oviedo (a donde Piqueras había ido a verla). En la misma mesa camilla donde estaba acostado, enfermo, lo mataron. El mayor error de Piqueras fue anticiparse a las ideas de su tiempo. Y este error lo pagó con la vida. Era un hombre generoso, y un hombre generoso nunca se queda rezañado. Era muy amigo de Buñuel, que con su broncoanarquismo ibérico encuadraba perfectamente con Juan Piqueras.

Piqueras para mí fue como si se me abriese un ventanal altísimo y se me dijera: toda la cultura europea, cuyo centro es París, aquí lo pongo a tu disposición. Vas a conocerla y vas a conocerla en su salsa. El me enseñó todos sus rincones. Me regaló un plano de París. Me dijo: te lo colocas en una de las paredes de tu hotel y te señalas lo que vayas conociendo. A veces me acompañaba. Era mi «cicerone» espiritual. Cuando me conecta con los franceses me deja solo, para que resuelva las situaciones por mi cuenta. Y entonces hice yo de «cicerone» del grupo de asturianos que, con José Ramón Cabezas, huyeron de la terrible represión de 1934 y que se refugiaron en casa de Piqueras. Este llevaba un ritmo de trabajo loco. Sólo a la hora de comer se le podía encontrar en casa. Era un hombre de una actividad tremenda. La úlcera de estómago estaba motivada por la irregularidad de vida que llevaba».

El día 9 de octubre de 1980 recibí una carta de Juan Antonio Cabezas desde Madrid, que aporta nuevos datos —verdaderos y erróneos— sobre la muerte de Piqueras.

«Me propongo responder a lo que me pida en su carta, sobre mis relaciones y las de mi futuro hermano José Ramón, con Juan Piqueras, y lo ocurrido en aquellos días de julio de 1936.

Yo sólo conocía a Juan Piqueras por sus escritos y por las comunes relaciones con el cine, ya que yo en los primeros años treinta había sido nombrado por Giménez Caballero, secretario del Cineclub de Oviedo. Nos habíamos cruzado alguna carta, principalmente desde París, con motivo de mis colaboraciones en NUESTRO CINEMA.

Al ocurrir la revolución asturiana de octubre de 1934, en la que me vi implicado, pero que me libré de ser detenido por marcharme oportunamente a Galicia, donde tenía buenos amigos, tuve escondidos en una montaña del pueblo de mi primera esposa Julia More (de la que se habla en mi libro que murió en Oviedo a finales de 1936), a José Ramón y a Juan Ambeu, que en 1936 fue Ministro de la Guerra (comunista) del Consejo de Asturias y León (actualmente en México). Mi hermano estaba muy comprometido por su actuación durante los días de la revolución y por ser secretario del Sindicato de Artes Gráficas de Oviedo.

Después de un mes o más de tenerlos escondidos, mi esposa y yo los llevamos en un coche a donde pudieron tomar el tren para Madrid. Allí se relacionó mi hermano con Rafael Alberti y con María Teresa León. Ellos les facilitaron la marcha a Valencia y de allí lograron marchar a París.

Cuando Juan Piqueras tuvo noticias de que llegaban a París un grupo de asturianos complicados en la revolución de octubre, pensó en mi, pero se encontró con un Cabezas, que era José Ramón. Lo llevó a su casa, le buscó algún trabajo y lo tuvo bajo su custodia hasta que las elecciones de febrero de 1936 lo devolvieron a su puesto de Jefe de paquetería del diario «El Carbayón» de Oviedo, que yo había dirigido cuatro años.

Entre los meses de marzo y julio de 1936, mi hermano se casó con Pilar Monrroy, con la que tuvo un hijo que no llegó a conocer. Ella y mi sobrino viven actualmente en Montouban (Francia). La villa en que murió y está enterrado Manuel Azaña.

Los días 15 ó 16 de julio de 1936, mi hermano recibió un telegrama de Juan Piqueras desde Venta de Baños, diciéndole que no podía continuar viaje a Oviedo, porque se le había declarado una grave hemorragia estomacal y necesitaba ser trasladado a Valladolid para ser operado. Piqueras venía a pasar una temporada en Oviedo, en casa de José Ramón, por invitación de éste.

Mi hermano al recibir el telegrama recurrió a su Sindicato para obtener dinero y con una carta de Javier Bueno, como director de AVANCE y otra mía como director del periódico LA TARDE también socialista, para los sindicatos de Palencia, se fue a Venta de Baños para auxiliar a su amigo. Debió llegar el 16 ó 17 de julio. Al informarse de la sublevación militar, tomó la iniciativa de organizar los ferroviarios de Venta de Baños. Tomaron el cuartel de la Guardia Civil y en unos camiones se fueron hacia Palencia. Pero como el regimiento de la guarnición se había sublevado así como el de Valladolid, donde además tenían gran fuerza los falangistas, fueron detenidos y llevados al Penal de Burgos. Nada se pudo hacer por Juan Piqueras, que según mis noticias, murió antes de que pudieran fusilarlo, en la pensión donde se encontraba, por falta de asistencia médica.

Yo no supe de mi hermano hasta el mes de marzo de 1939, que al ser ya trasladado como prisionero, ya condenado a muerte, desde Celanova (Galicia) hasta Vitoria, hizo una noche en los sótanos de la Estación de Venta de Baños. Allí me encontré con otro preso que también iba hacia Vitoria, dibujante palentino Luis Serrano, que procedía del Penal de Burgos. Al conocer mi apellido me dijo que él, había tratado como amigo un José Ramón Cabezas, que era de Oviedo. Era mi hermano. Serrano fue quien me dijo que en el mes de noviembre de 1936 le habían sacado del Penal como a otros miles y lo habían fusilado sin Consejo de Guerra (la típica «saca»).

Tal es a grandes rasgos la historia de la relación de los Cabezas, con el buen escritor y excelente camarada, Juan Piqueras, que tuvo tan triste fin».

Estos son algunos de los testimonios recogidos, de entre un montón, sobre la figura de Piqueras. Difícilmente ninguna otra persona de Requena habrá tenido un nivel de relaciones del nivel y calidad cultural del más famoso crítico cinematográfico español de todos los tiempos. El Ayuntamiento de Requena, que le nombró hijo predilecto en 1937 y le dedicó una calle y una lápida, lo olvidó totalmente unos pocos años después. A los 50 años, casi, de su muerte parece que quiere recuperar su memoria y restituir su nombre al lugar que se merece. Este acto de reparación es lo menos que puede hacer una ciudad con uno de sus hijos más ilustres, generoso y culto. Se trataría tan sólo de un acto mínimo de justicia hacia un hombre que jamás olvidó sus raíces.



La ventana que da al andén, la tercera por la izquierda, pertenecía a la habitación n.º 2 de la fonda de la estación de Venta de Baños (Palencia). De allí le sacaron para matarle.